

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE: ACUMULACIÓN Y LUCHA DE CLASES ANTE UNA ERA DE CATÁSTROFES

PABLO C. RUIZ

Desde los años 70, la clase obrera occidental ha visto su vida atravesada por dos realidades hoy ya más que asentadas, pero que marcan una diferencia sustancial con el periodo inmediato tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. Por un lado, la desaparición casi total de espacios para su organización como sujeto político. Por otro lado, y en relación interna con lo anterior, el empeoramiento constante de sus condiciones de vida. Tanto por su intensidad como por su prolongación, el actual repliegue político y económico del proletariado no encuentra parangón en la historia del capitalismo.

Tan sólo fueron necesarias las dos primeras décadas del ciclo neoliberal para acabar con prácticamente todo el tejido asociativo obrero construido durante la posguerra y desatar

así un proceso de proletarización. La represión permanente de toda oposición real al nuevo contrato social neoliberal fue el correlato político del proceso de empobrecimiento de la clase trabajadora.

El último medio siglo es la historia de la caída del bloque socialista, de la desaparición de los grandes sindicatos y sus huelgas, de la culminación del proceso de integración de los partidos socialistas y comunistas en las instituciones políticas del capital; también del progresivo desmantelamiento del Estado del Bienestar, de la devaluación de los salarios y de la pauperización general de las capas medias y proletarias de occidente. Cincuenta años de derrota y retroceso.

A pesar de este desolador contexto, la reflexión acerca del qué hacer ha seguido quebrantando la mente de muchos y muchas que han decidido no resignarse. Incluso en la época en la que nada de lo imaginable coincide con alternativas reales al orden social capitalista, una parte de la clase trabajadora ha seguido luchando. Buen ejemplo de ello son las movilizaciones contra la guerra, contra la crisis, por la vivienda, contra las reformas laborales y educativas, en defensa de los servicios públicos o contra diferentes formas de discriminación. Si es justo reconocer que la miseria creciente de las últimas décadas es prueba del triunfo de la ofensiva del capital sobre el proletariado, también lo es el hecho de que la clase, ocasionalmente, ha respondido con determinación y compromiso.

En este sentido, los procesos de lucha colectiva, en ocasiones casi instintivos, generalmente minoritarios y fugaces, y muchas veces restringidos al primer impulso que provoca la injusticia capitalista, no hacen sino expresar el conflicto latente en las vidas de los proletarios. Las protestas, demandas espontáneas, manifestaciones, okupaciones, incluso también el sufrimiento instalado en nuestras vidas que provoca el ritmo acelerado y frustrante del capitalismo, son índices de un problema histórico que aún no ha encontrado solución.

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

Elementos que, en definitiva, nos recuerdan la necesidad de la sociedad comunista.

Para dotar de un sentido estratégico a la actividad política de las minorías movilizadas, a la espontaneidad de los trabajadores y las estudiantes, y a las futuras protestas que el capitalismo generará, los comunistas organizados en movimiento tienen que construir herramientas políticas hegemónicas, cuyo objetivo sea transformar el malestar y las injusticias generales en capacidades políticas revolucionarias. Es por ello por lo que la tarea central de los militantes, la respuesta a la cuestión del *qué hacer*, pasa por la *reconfiguración del horizonte cultural del comunismo*.

Para llevar a cabo esta tarea, el análisis científico y riguroso de las condiciones reales en las que el conflicto clasista se desarrolla es un primer paso irrenunciable. Para que cualquier tesis política no acabe siendo un brindis al sol sin fundamento, los comunistas han de comprometerse con el estudio de la realidad social, pues sólo del examen preciso de las condiciones concretas de la lucha de clases –de las formas que esta adopta– puede surgir una propuesta estratégica para la organización racional «de todos los instrumentos de producción, cuya fuerza productiva más grande es la propia clase revolucionaria»¹. Es decir, sólo considerando «con estricta objetividad, antes de emprender una acción política, las fuerzas de clase y las relaciones mutuas»² es posible orientar la praxis política de la organización proletaria en un sentido revolucionario³.

Es importante recordar la tesis de Gramsci⁴ de que «si un científico se equivoca en su hipótesis, no es tan grave, después de todo: se pierde una cierta cantidad de riqueza, de cosas: una solución se precipita, un globo se revienta», pero que «si el hombre político se equivoca en su hipótesis, es la vida de los hombres la que corre peligro, es el hambre, es la rebelión, es la revolución para no morir de hambre». La acción política no fundamentada científicamente –aquella que ignora la

1. Marx, Karl. (1846): “Capítulo segundo: La metafísica de la economía política. § V. Las huelgas y las coaliciones de los obreros” en *Miseria de la filosofía*, disponible en: <https://www.marxists.org/>

2. Lenin, V.I. (1920): *La enfermedad infantil izquierdismo en el comunismo*. Akal, Madrid, p.36.

3. Esto, huelga decir, exige también el estudio y la crítica de la historia política de la clase trabajadora -de la que somos orgullosos herederos- porque da forma a nuestro punto de partida y constituye un cúmulo de riquísimas experiencias para pensar en la transformación del presente.

4. Gramsci, Antonio. (1917): *Odio a los indiferentes*. Ariel. Barcelona. p.22. 2017

necesidad de desarrollar la teoría revolucionaria— no es más que voluntarismo inocente, incapaz y, en última instancia, cómplice del estado actual de las cosas.

La idea básica es la siguiente: es imposible transformar aquello que se desconoce. Para que la conciencia socialista sea una conciencia organizada —transformadora— y no un ejercicio individual y estrictamente teórico, en cuyo caso nada tendría que ver con la conciencia en un sentido marxista, los comunistas debemos hacernos cargo de examinar, comprobar y corroborar constantemente las condiciones históricas que dan sentido a nuestra praxis.

Sólo así organización y estrategia pueden tener un sentido verdaderamente transformador. Sin conocimiento, reflexión y debate colectivos no hay práctica militante consciente. Mucho menos efectividad política. La política revolucionaria alejada de la ciencia y la reflexión del conjunto acaba degenerando en seguidismo sectario de unas ideas que no se comprenden, y que por lo tanto no pueden inspirar la actividad de los militantes. Renunciar al conocimiento científico implica renunciar a la revolución.

En este capítulo trataré de desplegar los elementos que considero centrales en lo que respecta al análisis de las formas institucionales de la lucha de clases, para finalmente esbozar algunas conclusiones estratégicas.

COYUNTURA

En 1920, Lenin reivindicó en la revista vienesa *Kommunismus*⁵ que «lo que constituye la esencia misma del marxismo, su alma viva, es el análisis concreto de la situación concreta». Lenin fue siempre un firme defensor, y así lo demuestra su historia, de la necesidad de comprender el conjunto de condiciones sobre las que pretende incidir cualquier acción militante revolucionaria. A eso es a lo que llamamos un aná-

5. Lenin, V.I. (1920): “El Comunismo”. *Kommunismus*. N° 1-2. Disponible en inglés en: <https://www.marxists.org/archive/lenin/works/1920/jun/12.htm>

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

lisis marxista de coyuntura: al examen concreto de la lucha de clases en las distintas instancias en las que se expresa para orientar la actividad política del proletariado hacia la revolución socialista. Desde este punto de vista, los análisis de coyuntura «no pueden y no deben convertirse en fines en sí mismos», que diría Gramsci. Más bien al contrario «adquieren un significado sólo en cuanto sirven para justificar una acción práctica, una iniciativa de voluntad»⁶. Conocer para transformar.

El análisis marxista de coyuntura, además, no puede ser el retrato de una imagen congelada aderezada con datos y estadísticas. El análisis marxista de coyuntura es el estudio del desarrollo histórico de las tendencias económicas capitalistas, que constituyen el movimiento real de la lucha de clases, y se vale del marco categorial de la crítica de la economía política para conocer la realidad.

Detenernos a examinar la manifestación inmediata del presente sólo tiene sentido como expresión del desarrollo histórico de las dinámicas que lo determinan. Así, nos ceñiremos a repasar el desempeño institucional del capitalismo occidental desde la posguerra para tratar de arrojar luz sobre cómo hemos llegado hasta aquí y qué lecciones histórico-prácticas podemos extraer del estudio.

EL SUEÑO KEYNESIANO

Tras la gran crisis del 29 y el fin de la guerra, las sociedades occidentales capitalistas experimentaron dos procesos de reconversión. Por un lado, la conformación de sociedades de consumo de masas, gracias a las altas cotas de productividad industrial y la expansión del Estado como garante del “pleno empleo”. Por otro lado, el avance político del tejido organizativo de la clase trabajadora y su nuevo papel en la gestión del capitalismo. Se da así en la segunda mitad del siglo veinte un proceso de integración sistémica del proletariado (o de una

6. Gramsci, Antonio. (1932-1933): Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado Moderno. Cuaderno XIII. Cuadernos de cárcel.

buena parte del mismo), en dimensiones tanto económicas como políticas, en el que la fusión entre desarrollo tecnológico, Estado y consumo obrero da forma a un ciclo de acumulación en expansión.

Sobre esta alianza interclasista de pies de barro se asentaron los cimientos de la ficción keynesiana por excelencia, a saber, aquella que aspira a conciliar los intereses contradictorios de la sociedad burguesa bajo el amparo del Estado y la política pública. El entramado institucional capitalista de la época así lo refleja: las decisiones empresariales estaban en según qué sectores altamente influenciadas por la actividad sindical, y el Estado aplicaba políticas destinadas a garantizar educación, sanidad, vivienda, empleo y otros servicios a la clase trabajadora, gracias a la financiación que le proporcionaba el Banco Central a través de la compra directa de deuda pública.

La acumulación de capital crecía a unos ritmos hoy inconcebibles y la ganancia capitalista consolidaba la posición social de una burguesía obligada a pactar, pero en ningún caso sometida al poder político del proletariado. La realidad, se hecho, era la contraria: las concesiones de las que el proletariado pudo beneficiarse tenían como requisito y objetivo que el poder político y económico siguiera firmemente en manos de la burguesía.

Si bien es cierto que occidente más que una región geográfica es un polo de poder imperialista integrado por realidades nacionales tan numerosas como diversas, en donde la articulación entre Estado y Capital es por principio variada, la conjunción entre capitalismo, desarrollo económico y constitución de sociedades de clases medias es, en mayor o menor medida, un elemento rastreable en casi todos los países.

Por lo tanto, en términos de lucha de clases, es preciso hablar de la capacidad real del proletariado organizado para controlar parcialmente (o influir sobre) los procesos produc-

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

tivos, la distribución del producto y la política pública del Estado, a través de la actividad política o sindical. La lógica de la presión-integración marcó el desarrollo del conflicto entre el capital y el trabajo en la época de posguerra, y permitió arrebatar una porción considerable de la potencial ganancia en forma de salario directo, indirecto y diferido a las burguesías occidentales. Es importante señalar también que en muchas ocasiones la ampliación del fondo salarial coincidió con la necesidad del capital de formar una clase productiva sana, educada y con capacidad de consumo, que adecuara el régimen de acumulación nacional al estándar competitivo internacional.

Como lección político-histórica, lo que nos interesa señalar aquí es que la política obrera de la época no fijó las bases organizativas y políticas necesarias para la superación del modo de producción capitalista. Aun siendo capaz de suspender temporalmente el despliegue de algunas tendencias económicas capitalistas, principalmente mediante políticas fiscales y monetarias expansivas, la integración económica y política del proletariado nunca se tradujo en la anulación de los presupuestos materiales de la acumulación capital.

Más bien al contrario: la posición integrada del proletariado –que permitió a una buena parte de la clase emanciparse del presentismo que siempre había dado forma a la vida del proletario– sentó al mismo tiempo los pilares para su ulterior repliegue. Dicho de otra manera: los principios económicos sobre los que se edificaron la expansión salarial, el consumo de masas y la ganancia burguesa durante aproximadamente dos décadas fueron los mismos que condenarían al capitalismo keynesiano a la crisis estructural y a la clase obrera a sus derrotas futuras. Es lo que el marxismo ha caracterizado como contradicciones internas del capital.

La intensificación de las relaciones de competencia empresarial, la pulsión impersonal hacia la innovación, el aumento de la productividad y el constante ahorro de trabajo

vivo –que en el capitalismo constituyen una unidad– socavaron la capacidad productora de plusvalor del capital, deprimiendo la tasa de ganancia hasta provocar recesiones por toda la geografía occidental y agotando el ciclo de acumulación de posguerra.

En definitiva, el anclaje del bienestar social proletario a la expansión económica capitalista y no a un programa revolucionario fue lo que condenó a este proyecto al fracaso. En el modo de producción capitalista, las condiciones de vida de la clase trabajadora en el largo plazo han de retroceder para sostener las bases de la acumulación de capital. La lógica económica que permitió la expansión industrial al inicio del ciclo fue la misma que exigió el repliegue ulterior del fondo salarial.

El sueño keynesiano saltó por los aires y el capitalismo se adentró en una revolución económica, política y cultural cuyo objetivo no fue otro que el de recomponer la correlación de fuerzas, reforzando la posición del capital y aplastando todo atisbo de organización obrera.

Hablamos de la intensificación de la ofensiva capitalista, ya que la propia reproducción social capitalista es en sí misma una ofensiva del capital sobre el trabajo –en tanto que reproduce relaciones sociales fundamentadas en la explotación económica y la alienación política–. Por intensificación nos referimos, entonces, a la agudización de las contradicciones internas a la producción de plusvalor y al agotamiento de los mecanismos para la suspensión de estas contradicciones –lo que inevitablemente se traduce en el recrudecimiento del proceso de proletarización generalizado y en la adaptación del marco político a las nuevas exigencias de la lucha de clases. En términos más simples: la burguesía no sólo mantiene su poder a costa de someter política y económicamente al proletariado, sino que, para mantenerlo en el largo plazo, ha de ir intensificando su posición dominante. Esta idea se irá aclarando a lo largo del artículo.

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

En resumen, las dos grandes lecciones históricas que nos deja el periodo de posguerra son, primeramente, que el keynesianismo, como ideología del Estado, quedó desarmado frente a su mayor tormento, a saber, la crisis. La promesa de estabilidad del keynesianismo se esfumó ante la irrupción de la crisis y el agotamiento estructural que la crítica de la economía política reconoce como inevitables.

En segundo lugar, que el reformismo, como proyecto que tiene por fin último la integración política del proletariado en las instituciones capitalistas, es un proyecto fallido no sólo para las aspiraciones revolucionarias de la clase, sino de acuerdo con su mismo propósito armonizador. El capitalismo no se puede permitir la influencia política de grandes organizaciones obreras reformistas. Tampoco el reparto de una porción considerable de la producción entre los desposeídos que de sentido a la sociedad de clases medias. El capitalismo necesita una clase obrera cada vez más pobre y completamente privada de la capacidad de influir en las políticas del Estado. La caída del keynesianismo de posguerra es la expresión histórica de los límites del programa de la socialdemocracia y la viva prueba de que los proletarios bajo el régimen capitalista «no tienen nada que perder salvo sus cadenas»⁷.

LA RESTAURACIÓN NEOLIBERAL

Ideología, conjunto de políticas, proceso de financiarización, globalización, revolución neoclásica, reconstrucción política del Estado, etapa del capitalismo. El neoliberalismo ha sido definido por académicos, movimientos e instituciones de muchas maneras. La formulación que aquí más nos interesa es la siguiente: el neoliberalismo como forma concreta de la ofensiva capitalista.

Esta caracterización tiene por base dos elementos. Primero que nada, *el privilegio* del concepto de ciclo de acumulación. Frente a las lecturas etapistas que buscan en la identificación arbitraria de rasgos institucional y económicamente diferen-

7. Marx, Karl & Engels, Friedrich. (1848): El Manifiesto Comunista. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm>

ciables el fundamento para separar formalmente periodos del capitalismo, la perspectiva marxista del ciclo analiza los ciclos de acumulación de capital como periodos comprendidos entre momentos de interrupción económica severa –como son las recesiones estructurales o las guerras mundiales. La fijación de la crisis como elemento iniciador y finalizador del ciclo tiene un sentido científico: el capitalismo es un sistema cíclico en el que la expansión prepara las condiciones económicas para la recesión. La crisis se torna inevitable. Aunque en condiciones más precarias, tras la recesión, el mercado se reordena y el capital relanza la acumulación. Esa es la lógica del ciclo.

Estudiar la historia del capitalismo desde la perspectiva del ciclo de acumulación hace inteligible el fundamento material de los cambios sociales, al relacionarlos con el desarrollo de las tendencias económicas capitalistas –que constituyen las leyes del movimiento de la sociedad–. Incluso los cambios políticos, culturales, institucionales o ideológicos cobran un sentido histórico cuando se entienden como formas sociales del desarrollo cíclico de las fuerzas productivas y la lucha de clases.

Alejados de este enfoque, los cambios en la sociedad capitalista aparecen como indeterminados y fruto del azar del mercado, de la voluntad de los grandes nombres de la historia o del capricho de los dioses, para los más iluminados. Para nosotros, por lo tanto, el neoliberalismo no lo inician ni los Chicago Boys reunidos en Viña del Mar, ni la indecente Thatcher, que jamás descanse en paz. Tampoco tal teoría económica o cual cambio cultural. El neoliberalismo es un periodo que corresponde al ciclo de acumulación comprendido entre las recesiones de los años 70 y 80 y la Gran Crisis Financiera de 2008.

Como segunda herramienta analítica, el privilegio de la perspectiva de clase. En el modo de producción capitalista no existe una escisión entre economía y conflicto; entre acumu-

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

lación y lucha de clases. Al contrario: la acumulación adopta la forma de una lucha de clases. Los rasgos históricamente específicos de cada etapa no son más que la expresión socioeconómica de las relaciones de producción capitalistas y la lucha de clases correspondientes a cada ciclo de acumulación, no elementos abstractamente diferentes a otros.

Desde este punto de vista, si las recesiones de los años 70 y 80 (estancamiento e inflación) son el resultado del despliegue de las contradicciones de la acumulación durante el ciclo de posguerra --o descenso tendencial de la tasa de ganancia--, el neoliberalismo es una reacción de clase para tratar de restaurar dicha tasa y proseguir con la acumulación de capital, a través de la intensificación de la ofensiva contra el trabajo. Veamos cómo sucedió esto.

El mecanismo básico para restaurar la tasa de ganancia es la alteración de la proporción entre (nuevo) valor y plusvalor, cuyas formas desarrolladas son el salario, la ganancia, la renta, el interés o los tributos. A través de las dos grandes formas institucionales del capitalismo, el Estado y el mercado, la ofensiva de la burguesía contra el proletariado tomó diferentes cauces.

El Estado, lejos de retroceder como teorizarán los ideólogos radicales de izquierda, será un agente clave para el desarrollo de la lucha de clases durante el neoliberalismo. Cambios en la regulación para debilitar la posición política y económica de los trabajadores, enajenación a precio de saldo de activos del Estado, privatización paulatina de los servicios públicos y las pensiones, represión de la contestación política, recrudescimiento de los códigos penales, imposición del mandato anti-inflacionario en los Bancos Centrales --suprimiendo la posibilidad de financiación estatal directa--, regulación orientada a la internacionalización del capital y constante reducción de la imposición tributaria sobre la ganancia son algunos de los elementos a través de los cuales el Estado

contribuyó a reducir el salario directo, indirecto y diferido de la clase trabajadora.

Las empresas, por su parte, fueron reduciendo los salarios reales durante décadas para reforzar su posición rentable, recortando bonificaciones, intensificando y alargando las jornadas de trabajo, reorientando la inversión hacia espacios especulativos financieros e inmobiliarios, deslocalizando centros de producción, acelerando los procesos de centralización y concentración del capital e introduciendo sus estructuras en los canales financieros y de producción transnacionales. Todo ello fue posible, claro, gracias al despido masivo de trabajadores que exigían las nuevas coordenadas de la ganancia empresarial capitalista. A modo de cuadro general, nos encontramos con una reordenación de la correlación de fuerzas entre el capital y el trabajo, que toma distintas formas institucionales y que verifica la unidad indisoluble entre mercado y Estado en la sociedad capitalista.

En último término, el neoliberalismo como proyecto de ofensiva es el intento histórico por restaurar la tasa de ganancia. A través del aumento de la tasa de explotación por la *mayor extracción de plusvalía relativa* fruto del desarrollo tecnológico de la época. Por la *mayor extracción de plusvalía absoluta* fruto de la bajada de las compensaciones salariales reales, el deterioro de las condiciones de trabajo y la presión sobre el obrero que ejerce el desempleo generalizado. Y, finalmente, por el *aumento de capacidades para la apropiación global de plusvalor* por la internacionalización imperialista de las redes de producción y los mercados financieros. ¿Qué quiere decir esto? Que el precio de relanzar la acumulación de capital en occidente fue la mayor explotación de los trabajadores, el despido de muchos de ellos y la ofensiva imperialista de la burguesía occidental.

En el caso de Europa, la estrategia para la inserción económico-política de sus Estados-nación en el nuevo mercado mundial globalizado es la constitución de la Unión Europea,

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

que va a servir como dispositivo institucional para reforzar la posición competitiva del tejido empresarial europeo. Cesión de la soberanía monetaria al Banco Central Europeo, pseudo-delegación de la autonomía fiscal (Pacto de Estabilidad) en la Comisión Europea y subordinación de las competencias militares a la OTAN van a ser los ejes sobre los que se va a consolidar el nuevo aparato burocrático europeo. Volveremos más adelante sobre este punto.

Si bien es cierto que durante todo el ciclo encontramos momentos de crecimiento de la tasa de ganancia, esta nunca alcanzó los niveles anteriores. El constante ahorro de trabajo vivo inscrito en la producción capitalista comienza a expresarse en el ciclo neoliberal de forma sangrante, destinando a hordas de proletarios al desempleo, el subempleo y la precariedad, lo que refuerza la competencia entre trabajadores y permite al capital intensificar el proceso de proletarización –pero a la vez erosiona cualquier posibilidad de restitución afianzada de la tasa de ganancia, cuyo fundamento es la capacidad de producción de plusvalor del capital variable. De nuevo, las contradicciones internas del capital.

El desacople entre crecimiento de la productividad y la mejora general de la calidad de vida se asienta durante el ciclo neoliberal. Este es el carácter estructural de la crisis capitalista: a cada ciclo y su crisis le siguen unas condiciones más endeble tanto para la acumulación de capital como para la calidad de vida del proletariado. La ofensiva intensificada del capital sobre el trabajo no tiene como resultado la superación de la crisis porque no anula las contradicciones que tiene por base, tan sólo las agudiza.

La contraparte de esta decadente e ineficaz solución a los desafíos que el capitalismo keynesiano puso sobre la mesa fue la ilusoria palanca del crédito al consumo e hipotecario, respaldada por una política monetaria cada vez más laxa –que no sólo privilegiaba la posición del capital dinerario, sino que anunciaba la necesidad cada vez más imperiosa de impulsar

desde el Estado los circuitos de valorización del capital, como sucedería más adelante.

Desde este punto de vista, la antigua aspiración de unificación social del keynesianismo nunca desapareció, sólo cambió de forma. El neoliberalismo, en este sentido, es también un proyecto de integración del proletariado, cuya frontera de posibilidad no está en las políticas que lo constituyen o en la rigurosidad de la teoría que lo inspira. La barrera determinante del capital es siempre el propio capital. El verdadero límite del neoliberalismo es, por lo tanto, la propia relación de clase capitalista que aspira a reproducir, pero, paradójicamente, a costa de su debilitamiento. El cierre del neoliberalismo en 2008 expresa una vez más en la historia la contradicción entre capitalismo, productividad e integración civilizatoria, reforzando la tesis marxiana de que el proletariado «sólo tiene que poner en libertad los elementos de la nueva sociedad que ya se han desarrollado en el seno de la sociedad civil en quiebra»⁸.

8. Marx, Karl. (1871): La guerra civil en Francia. Disponible en <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/gcfran/guer.htm>

9. Smith, David. (1987): *The Rise and Fall of Monetarism*. Penguin Economics. Nueva York. 1991. p. 122.

EL NUEVO KEYNESIANISMO DE OFENSIVA

El economista David Smith⁹ definió en una ocasión la política pública como «pragmatismo teñido de teoría», haciendo referencia a la escisión real entre teoría y práctica de la sociedad capitalista. Los gestores políticos del capital no predefinen una forma de hacer que luego ejecutan. La gobernanza capitalista está plenamente subsumida por la lógica del ensayo-error: la política pública se va adecuando a las necesidades de la lucha de clases y los procesos y resultados obtenidos se encajan a posteriori en un marco categorial concreto.

Así, las categorías de capitalismo keynesiano, neoliberal o neokeynesiano son etiquetas nominales que cobran sentido en retrospectiva, tras el examen del desarrollo histórico del capitalismo y su encuadramiento conceptual en un determi-

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

nado esquema teórico –como hemos hecho con el ciclo keynesiano y el neoliberal.

Lo que desde luego no tiene sentido alguno es pensar en la organización consciente de la sociedad capitalista cuando ni tan siquiera los individuos que se mantienen en el poder son capaces saber qué podría pasar en los próximos seis meses. Ni el keynesianismo fue un plan de los industriales europeos inspirados por la *Teoría General*, ni el neoliberalismo una conspiración de las élites globalistas friedmanianas. Sólo cuando el capitalismo integra política y económicamente durante un periodo más o menos prolongado hasta la llegada de la crisis clase, acumulación y ganancia –donde el Estado es un presupuesto– cobra sentido la periodización.

Comprender la historia desde la centralidad de la lucha de clases y las tendencias económicas capitalistas que constituyen su movimiento se nos presenta como la única vía rigurosa y científica para explicar por qué y cómo pasan las cosas en un determinado espacio temporal. Entonces, nos preguntamos: ¿qué es el Nuevo Keynesianismo?

EL PERIODO DE DOMINANCIA MONETARIA

El agotamiento del modelo de crecimiento económico basado fundamentalmente en la devaluación de las condiciones del salario respecto al ciclo keynesiano y la finaciarización trajo consigo la crisis económica más severa en los últimos cien años. El colapso de la sociedad capitalista occidental tras la quiebra de Lehman Brothers y la crisis de liquidez que sufrió el sistema financiero internacional se solventó gracias al reordenamiento del tejido institucional, tanto en sus formas económicas como políticas.

La historia de la banca norteamericana y la europea, principalmente, es más que conocida. También la de las miles de empresas que fueron expulsadas del mercado junto con sus

trabajadores. El paro y las fusiones empresariales son el producto natural de cualquier recesión y la forma económica en la que la recomposición capitalista toma cuerpo. La verdadera novedad con respecto al periodo anterior es la nueva posición del Banco Central. No por su originalidad histórica: el Banco Central nace en la historia del capitalismo como reactor a las crisis. Más bien por el papel garantista que va a jugar durante los próximos años en lo que podemos llamar el *periodo de dominancia monetaria del ciclo neokeynesiano*.

Para una explicación exhaustiva, consultar Lowe, Philip & Loh, Jacqueline. (2019): "Unconventional monetary policy tools: a cross-country análisis". CGFS Papers No 63. Bank for International Settlements.

Para una caracterización en perspectiva histórica: Gabor, Daniela. (2021): "Revolution without revolutionaries: interrogating the return of monetary financing". Transformative Responses to the crisis.

Para una aproximación introductoria, consultar el capítulo "#60 – Crisis de Deuda y Política Monetaria del Banco Central Europeo" de Rankia Podcast.

11. En junio del 2007, varios hedge funds de Bearn Stern quiebran en Estados Unidos. Un mes más tarde, en julio, Ben Bernanke, presidente de la Reserva Federal, anuncia que las pérdidas por las hipotecas subprime pueden alcanzar a los 100.000 millones

Existen infinidad de documentos de libre acceso que explican desde la economía política los distintos instrumentos financieros que emplearon desde 2007 los Bancos Centrales¹⁰. No es nuestra intención examinar aquí cada uno de estos instrumentos y su función en el reajuste financiero, la crisis de deuda o la pandemia –lo que en ningún caso niega la necesidad de hacerlo en otros espacios y formatos. Lo que nos interesa es comprender el avance del Banco Central, como apéndice del Estado, en el desarrollo de la lucha de clases.

En primer lugar, ante la bancarrota financiera y el hundimiento de la acumulación, el Banco Central no sólo va a cumplir con su papel histórico de prestamista de última instancia, sino que va a llenar sus balances de deuda privada y pública para garantizar el flujo de liquidez, adoptando la nueva función de lo que se conoce desde 1929 como *market maker of last resort*.¹¹ Esta figura hace referencia a la intromisión directa de los Bancos Centrales en la reproducción económica de las empresas y de los Estados, que dependen de forma cada vez más palmaria de los Bancos Centrales como garantes de su existencia.

En su origen, los Bancos Centrales desempeñaban la función de prestamista de última instancia. Durante el proceso de consolidación del modo de producción capitalista en Europa, las crisis financieras se propagaron, a medida que la producción de plusvalor se erigía como el criterio económico central de la producción social. Capitalismo y crisis van de la

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

mano desde que Inglaterra se convirtiera en la primera potencia capitalista de la historia. El Estado se va a ver en la necesidad de transformar su Banco Central, hasta entonces de tipo comercial (en competencia económica con el resto), en un Banco proveedor de liquidez en caso de crisis generalizada.

La operación es la que sigue: ante la multiplicación de crisis financieras que ponían en riesgo la misma existencia del capitalismo, el Estado decide fundar una institución bancaria no regida por criterios de rentabilidad que permita inyectar dinero público al sistema –prestar en última instancia– cuando este se topa con sus propios límites internos.¹² Como se ha explicado, la figura de *market maker*, diferente a la de prestamista, no surge por primera vez en la historia tras la crisis del 2008, pero sí nos da pistas sobre el presente. Por ejemplo, entre 2008 y 2022, la Reserva Federal incrementó más de un 900% su balance y el BCE más de un 300%.

Que el Banco Central haya pasado a actuar como gran comprador de deuda pública y privada, es decir, que funcione como creador o garantista del mercado financiero y, por lo tanto, de la acumulación de capital, es un síntoma del debilitamiento estructural que el modo de producción capitalista va experimentando en su desarrollo natural. La ideología del *whatever it takes* de Draghi, en aquel momento más keynesiano que el propio Keynes, se hegemonizó en el capitalismo occidental, coincidiendo con el arranque y consolidación de un nuevo ciclo de acumulación de condiciones económicas aún más precarias que el anterior.

El deterioro continuado de los fundamentos materiales de la sociedad capitalista fue, en definitiva, lo que exigió el reposicionamiento del Banco Central –que es la institución capitalista más importante desde el punto de vista de su capacidad para influir en el capital global. La bajada de los tipos de interés a cero o negativo, la compra masiva y sistemática de deuda (de nuevo, por dejarlo claro, la función de *market maker*)

de dólares. El 2 de agosto Blackstone anuncia la quiebra. El 9 de agosto los bancos europeos BNP Paribas y Deutsche Bank comienzan a suspender fondos inmobiliarios. El 13 de agosto dos investigadores del CEPR publican: Buitert, Willem & Sibert, Anne (2007): “The Central Bank as the Market Maker of last Resort: From lender of last resort to market maker of last resort”. VoxEU. Disponible en: <https://voxeu.org/article/subprime-crisis-what-central-bankers-should-do-and-why>

12. Para una explicación más amplia del vínculo histórico entre capitalismo y Banca Central, consultar C. Ruiz, Pablo (2023), “Crítica de la economía política del Banco Central”. Disponible en academia.edu.

y los programas de inyección de liquidez constituyen las formas en que las que el Banco Central, como aparato bancario del Estado, reacciona a las crecientes dificultades del capital para valorizarse y del Estado para financiarse.

Es en este sentido en el que el retorno económico del Estado es diferente al keynesianismo anterior. No es una intervención para la adecuación del capital constante y variable a las necesidades de una acumulación en auge, pues la acumulación de capital en occidente atraviesa tras 2008 condiciones realmente críticas. Más bien, la intervención neokeynesiana del Estado responde al esfuerzo por relanzar la acumulación y superar los problemas financieros que enfrentaba en aquel momento la inversión capitalista y la sostenibilidad fiscal del Estado.

Tampoco es una intervención orientada a la ejecución de políticas redistributivas. Por el contrario, la nueva política monetaria del Banco Central tenía por objetivo dar cobertura financiera a las empresas y al Estado a través de los cuales se despliega el retroceso del fondo salarial de la clase trabajadora. O, dicho de otra manera: la función del Banco Central es recomponer el orden económico para estimular la producción de plusvalor y la apropiación ganancial, lo que exige necesariamente ahondar en la miseria y el retroceso político de la clase trabajadora, dado el estrechamiento de la base material de para acumular capital respecto del ciclo anterior.

En tanto que institución rectora de un nuevo ciclo de acumulación que tiene como condición de existencia el empobrecimiento general de los trabajadores, el Banco Central es de facto una estructura clave en la ofensiva capitalista. Vemos cómo el concepto de lucha de clases es central para comprender el desarrollo histórico de la institucionalidad burguesa.

Desde el punto de vista de la ejecución presupuestaria, los Estados van a profundizar en el recorte de los servicios públicos y las pensiones, desvalorizando el salario indirecto

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

to y diferido, a la par que aumentarán los gastos represivos. Asimismo, como resultado del paro generado por la cada vez más evidente incapacidad de los procesos productivos para absorber la mano de obra disponible, las prestaciones sociales por desempleo van a suponer un lastre más para el Estado, dando cuenta de nuevo del inequívoco aumento de la población sobrante que sigue a cada ciclo de acumulación desde la posguerra.

A pesar de que en términos generales el endeudamiento público crecerá durante todo el periodo de dominancia monetaria, ¿cuál es la razón del ajuste y la reorientación del gasto público en las economías occidentales? ¿por qué la obtención de más recursos monetarios no coincide con la ampliación de los gastos sociales?

Los capitales privados exigirán a los Estados reducciones importantes del déficit que garanticen la devolución de los títulos de deuda, en un contexto en el que la (no) tributación transnacional del capital, la precaria inserción de la fuerza de trabajo nacional que paga tributos (paro y desvalorización salarial) y el estancamiento secular de la economía (consumo e inversión) van a comprometer seriamente la recaudación.

La consolidación fiscal fue consecuencia de, primero, la debilidad del Estado para gravar al capital multinacional, es decir, para apropiarse tributariamente de parte de la ganancia capitalista. Segundo, de la cada vez más menguada capacidad para captar rentas del trabajo suficientes en forma de tributo, sea por la vía del consumo (impuestos indirectos) o del salario (impuestos directos). Y tercero, de una economía en la que el consumo general y la inversión retroceden como consecuencia de la crisis.

Las políticas de austeridad, entonces, fueron consecuencia del deterioro histórico de las condiciones de la acumulación de capital, que entrelaza estos tres elementos dando forma al periodo de crisis que atravesamos. El endeudamiento estatal

volvió a sostenerse sobre el sudor y el empobrecimiento de los trabajadores.

Los recortes sociales, en este sentido, son inevitables en una economía que tiende a socavar los fundamentos materiales de su propia reproducción –lo que en el espacio estatal se expresa como un problema de sostenibilidad fiscal. En síntesis: si la lógica social capitalista restringe, por sus propias dinámicas contradictorias, la producción suficiente de plusvalor de la que depende no sólo la rentabilidad empresarial, sino también la financiación de la actividad pública, el ajuste fiscal es inevitable, como lo es, claro, la caída de la tasa de ganancia.

No obstante, esto no quiere decir que el fantasma de la austeridad coincidiera siempre con la reducción presupuestaria. En el periodo neokeynesiano, la forma general de la austeridad, que se revela una vez más en la historia como necesidad universal del Estado capitalista, es el reordenamiento de las partidas presupuestarias en clave de clase –que en momentos determinados puede coincidir con el repliegue del presupuesto público, pero lo hace necesariamente.

Esto es, los recortes sociales no son el resultado de un repliegue proporcional en todas las partidas, sino del reequilibrio que hace posible sostener los gastos a los que el Estado no puede renunciar si quiere mantener su carácter capitalista. La idea del ajuste fiscal como esfuerzo colectivo tras el desparrame generalizado es un artefacto ideológico que encubre la naturaleza anti-proletaria del Estado capitalista.

Recordemos que la función elemental del Estado capitalista es garantizar las condiciones económicas y políticas de la acumulación de capital y que el propio despliegue de la acumulación merma sus presupuestos internos. La actividad económica del Estado en cada momento histórico, entonces, está determinada, o restringida, si se quiere, por el grado de solidez de estas condiciones. A peores condiciones, mayor

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

esfuerzo estatal para su sostenimiento. Esto, en términos de clase, se traduce de la siguiente manera: el desarrollo capitalista lleva inscrita la transferencia de cada vez más recursos públicos del fondo salarial obrero para sostener la inversión capitalista, motor de la acumulación.

A menor producción relativa de plusvalor, menor apropiación estatal del mismo, mayor carga tributaria sobre el salario y menor gasto social público. Todo en un contexto de endeudamiento constante que sólo retroalimenta la dinámica de la proletarización. El resultado es claro: los ricos son más ricos, los pobres son más pobres y el gasto público se reorienta de los espacios del bienestar a los de la represión y la ganancia.

Un breve apunte de carácter más político. La fusión entre acumulación y lucha de clases en el modo de producción capitalista nos obliga a rehuir de los análisis economicistas que ignoran el papel político del proletariado a la hora de analizar el desarrollo económico del capitalismo. La austeridad, los recortes o las reformas laborales fueron y son formas de ofensiva de clase sólo materializables bajo el telón de fondo de la desorganización política del proletariado. La determinación del grado de desarrollo de la lucha de clases es central. El nuevo programa político de la izquierda occidental, de tintes verdes y laboristas, descarta la organización obrera como herramienta para probar sus tesis del margen histórico reformista. De ahí surge su primera debilidad: incluso en sus variantes de jerga más radical, practican una política reformista alejada de las masas donde el dirigismo parlamentario y burocrático restringe el papel de los trabajadores al voto y la protesta eventual en favor de la agenda del propio partido. Afirman que “sí se puede” y dicen querer cambiarlo todo, pero sin la fuerza de quienes lo producen todo, que solo les valen como elemento dependiente y dócil destinado a reproducir su propio juego. Lo cual no sólo atenta contra los principios básicos del socialismo, sino que es sumamente ingenuo. Ninguna patronal les toma en serio. La segunda debilidad son las condiciones tan mermadas de la acumulación que venimos

describiendo y que imposibilitan materialmente un programa reformista. De ahí la relevancia del estudio científico de la realidad en el diseño de estrategias políticas emancipatorias.

En lo referido al continente europeo, el papel de las instituciones de la UE será clave para imponer las políticas de austeridad. Concretamente el de su brazo ejecutivo, la Comisión Europea, cuyo poder se impondrá sobre la autonomía formal de los Estados miembro. La pérdida de soberanía política de los Estados europeos tras la adhesión a la UE no debe invitarnos a pensar en un escenario capitalista en el que los recortes no hubieran sido ejecutados. Los recortes, como hemos explicado, son una necesidad universal del Estado capitalista, que se manifiesta de forma cada vez más palmaria a medida que las condiciones generales de la acumulación se van desgastando.

Además, el poder político la oligarquía es tan antiguo como el capitalismo mismo, no un elemento original de lo que popularmente se conoce como capitalismo financierizado. Lo que hace al Estado una institución al servicio de la clase dominante, sea cual sea su escala geográfica o nación vinculada, es su forma capitalista, no la conspiración de los estratos más adinerados de la sociedad contra el mismo. Esto quiere decir que el Estado es la expresión política del conflicto entre el capital y el trabajo, que requiere de la existencia de un aparato burocrático-militar que reproduzca el poder de la burguesía frente al proletariado. Ahora bien, esto no implica que el análisis de la organización política de la burguesía pueda quedar restringida a sus determinaciones más generales. Debemos comprender cómo se articula su poder político en cada momento de la historia.

En este sentido y de forma más que resumida, la UE es una entidad supraestatal en la que el poder legislativo de los Estados miembro queda sometido al poder ejecutivo de la UE (Consejo Europeo y Comisión Europea) y al BCE. Es cierto que el Parlamento Europeo cuenta con competencias de con-

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

trol y destitución de la Comisión Europea. También que en la mayoría de los países occidentales el Banco Central es una institución estatal no sometida al poder ejecutivo ni legislativo. Sin embargo, la UE presenta algunas particularidades que atestiguan su adecuación a un modelo de liberalismo autoritario hacia el que tiende un capitalismo en declive.

El Parlamento Europeo es la única institución sometida a sufragio directo. El Consejo Europeo está formado por los jefes de cada Estado miembro y es el órgano encargado de proponer al presidente de la Comisión Europea y al Comité Ejecutivo del BCE. Aunque el Parlamento Europeo pueda en última instancia votar en contra del candidato para la presidencia de la Comisión Europea, sólo podrá posicionarse sobre la propuesta diseñada en el Consejo Europeo. Esto limita claramente el poder del Parlamento Europeo y de sus electores. Sobre la elección del Comité Ejecutivo del BCE que determinará la política monetaria del conjunto, el Parlamento Europeo no tiene potestad alguna.

Este diseño institucional transfiere poder político de los Parlamentos nacionales no al Parlamento Europeo, sino al Consejo Europeo y la Comisión Europea, es decir, al poder ejecutivo de la UE. Esta es una forma de autoritarismo que debilita la capacidad de los trabajadores europeos para ejercer presión o influencia sobre las políticas generales, por muy limitada que esta estuviera ya bajo esa forma de dictadura de la burguesía que son también los Estados-nación.

No es un mecanismo que haga perder soberanía política al Estado en abstracto. Esta es una cuestión a precisar. Más bien se trata de una alianza entre burguesías para restringir la influencia política de los trabajadores y aplicar programas de ofensiva de forma más sencilla. El poder ejecutivo de la UE no se impone de forma dictatorial sobre el ejecutivo nacional, como pretenden hacernos creer los políticos de izquierdas, sino que este transfiere al participar en la UE la competencia fiscal del Estado a la Comisión Europea y, por lo tanto, al Con-

sejo Europeo. El objetivo es garantizar la plena realización de la necesidad universal de aplicar recortes que tiene el Estado capitalista, coordinar el gasto público en un sentido belicista si fuera necesario, etc. En última instancia, rebajar la influencia política del voto en las decisiones económicas del Estado, vaciando todo lo posible de contenido las concesiones democráticas que la burguesía tuvo que hacer para preservar eficazmente su dominio.

El modelo liberal-democrático sobre el que se fundaron los regímenes europeos de posguerra se movía en las siguientes líneas: por un lado, el poder político y económico quedaba firmemente en manos de la burguesía. Por otro, se concedía al proletariado una capacidad limitada de influir en los asuntos públicos (por medio de derechos políticos como sufragio universal, etc.) y ver satisfechas algunas necesidades materiales básicas (por medio de derechos económicos como el derecho a la sanidad, etc.). En otras palabras: el orden general venía dado y era incuestionable, pero dentro de ese orden el proletariado podía tener un cierto margen de presión.

Desde los 70, sin embargo, este modelo ha ido transformándose gradualmente en uno ligeramente distinto, que cabe definir como “liberalismo autoritario”. El propósito de este modelo, cristalizado en las instituciones europeas, es limitar al máximo esta capacidad de influencia, preservando esos derechos a nivel formal (pues siguen siendo importantes para la legitimación de estos regímenes) a la vez que se vacía su contenido. Los derechos políticos y económicos centrales recogidos en las constituciones de cada nación no se anulan formalmente: simplemente se trata de desactivar la posibilidad de que resulten un obstáculo significativo para la agenda implacable de la oligarquía.

En esta misma línea, los Estados delegan la política monetaria en una instancia superior como es el BCE, cuyo Comité Ejecutivo es elegido, como hemos señalado, también por el Consejo Europeo. El resultado es claro y evidente: los jefes

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

de Estado adquieren un enorme poder sobre sus poblaciones que anula la capacidad de decisión de los trabajadores en materia fiscal y monetaria. El ejecutivo avanza sobre el legislativo.

Concretamente, en 2011 los socios europeos firmaron el Pacto del Euro, que ahondó en los ejes centrales del primer acuerdo para el control fiscal: el Pacto de Estabilidad y Crecimiento de 1997. En 2012, a excepción de Chequia y Reino Unido, firmarán el Pacto Fiscal Europeo, con el objetivo de fijar reglas de oro presupuestarias que contengan el déficit. Pactos que en términos reales reforzaron el poder político del ejecutivo europeo y redujeron aún más la influencia del poder legislativo en materia fiscal. El resto es historia: desmantelamiento de la sanidad pública, recortes en educación y represión de quienes se oponían a la supresión de sus derechos.

En conclusión, lo que es importante entender es que la articulación entre política fiscal y política monetaria no es fruto del capricho o la arbitrariedad. Tampoco de la vileza de los halcones europeos. Es la forma concreta en la que el Estado y el Capital reproducen la ofensiva política y económica contra el proletariado, de acuerdo con las normas sociales inscritas en el modo de producción capitalista. En la etapa de dominancia monetaria se combinan la política monetaria expansiva y la política fiscal restrictiva. Es la vuelta de los Bancos Centrales al capitalismo occidental y la culminación de un largo camino de austeridad iniciado en los 70. Los problemas centrales de la sociedad capitalista, empero, siguen intactos: el retroceso continuado de las condiciones de vida de la mayoría trabajadora y la continua pauperización de las condiciones generales de la acumulación de capital.

EL PERIODO DE DOMINANCIA FISCAL

El periodo de dominancia monetaria llegará a su fin con la pandemia, dando comienzo al *periodo de dominancia fiscal*. Durante el shock pandémico las economías occidentales van

a verse en la obligación de desplegar amplios programas de financiación pública para sostener en sus mínimos, y posteriormente relanzar, la acumulación de capital. En Europa se activará la famosa “clausula general de salvaguardia” para que los Estados puedan ampliar el déficit y financiar la respuesta fiscal a la pandemia.

No obstante, lo cierto es que en 2019 muchos indicadores económicos alertaban entonces de la posibilidad de una grave recesión y de la pérdida de competitividad de las empresas occidentales. Años de estímulo constante por parte de los Bancos Centrales para remontar la tasa de ganancia y de esfuerzos incasables desde el Estado y la patronal para hacer retroceder el fondo salarial de la clase trabajadora parecían no haber sido suficientes.

La pandemia, en este sentido, acelera en Occidente el paradigma de estímulo fiscal que antes o después habría de imponerse, dado el alto nivel de inversión pública de los competidores internacionales, en un momento de insolvencia empresarial en occidente realmente comprometedor. La financiación de los “planes de recuperación” como nuevo objetivo de la política monetaria expansiva sirvió como primer momento experimental de un nuevo régimen fiscal que terminó por instalarse.

Y así volvió la política industrial a Occidente. El alto nivel de competitividad internacional provocó que tanto los EEUU como la UE comenzaran a financiar masivamente a sus capitales privados a través de dinero público e incentivos fiscales, con el objetivo de relocalizar parte de la industria, mejorar la posición competitiva de sus empresas e incorporar tramos críticos de las cadenas de suministros.

Inflation Reduction Act, Green Deal Industrial Plan, Next Generation EU, (EU/US) Chips Act, Critical Raw Materials Act, Net Zero Industry Act... son sólo algunos de los planes fiscales para reposicionar las economías occidentales en el

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

mercado mundial. El Estado viene a intentar suplir las capacidades innovadoras de un tejido empresarial cada vez más decadente, así como los tramos de inversión que el capital por sí mismo es incapaz de financiar. Que la rentabilidad esperada sea por lo general baja desincentiva el gasto en I+D y la movilización productiva de capital.

¿Cuál es el resultado del nuevo esfuerzo keynesiano por estimular la valorización? Un enorme despliegue de recursos públicos que obligará a reducir las partidas sociales y cuyo efecto neto en términos de crecimiento y productividad está muy por debajo de los resultados esperados. Especialmente para la Unión Europea, que está dejando una parte destacable de los NGEU sin ejecutar y cuyas capacidades fiscales en cualquier caso son inequívocamente más débiles que las norteamericanas, con las que compite.

Además, la inflación volvió a marcar la pauta económica en occidente. Tras un repunte histórico en 2022 que superó los dos dígitos, devorando durante dos años el poder adquisitivo de los trabajadores, la inflación empieza a estabilizarse en los niveles marcados por el paradigma *inflation targeting* (2%). Los Bancos Centrales han reducido sus balances para aumentar los tipos de interés oficiales y mitigar la inflación. No obstante, siguen siendo instituciones clave para sostener la emisión de deuda soberana de los Estados occidentales. Por ejemplo, tras la reducción, el balance del BCE aun equivale al 50% del PIB de la UE. Hace 20 años se situaba en torno al 10%, por comprender la dimensión del problema. Este es un claro indicador de que la estructura política y económica del capitalismo atraviesa momentos de verdadera dificultad, en los que la volatilidad del mercado y la incertidumbre están a la orden del día.

Todo ello en el contexto de guerra imperialista en Ucrania y Israel, cruda expresión de que la aparente amplitud del mercado mundial esconde en realidad la estrechez de las posibilidades de producción de plusvalor de la sociedad ca-

pitalista. Occidente lleva décadas expandiendo sus áreas de influencia para extender las posiciones de control de sus empresas. Otras potencias del globo, que enfrentan las mismas contradicciones que cualquier economía capitalista, pugnan con el bloque occidental por asegurar mayores cuotas de mercado y un mejor posicionamiento en la división internacional del trabajo.

En consecuencia, los esfuerzos financieros de los Estados occidentales durante los últimos años por alimentar la maquinaria de guerra han aumentado considerablemente, tendencia que viene a consolidarse por la reciente exigencia de la OTAN de alcanzar el 2% del presupuesto a los aliados. El dividendo de paz ha llegado a su fin: los grandes ejércitos del mundo se están rearmando.

La debilidad de las economías occidentales para reproducirse de forma estable y sostenida en el tiempo es cada vez más preocupante. Las economías emergentes se topan con los límites del desarrollo capitalista a edades más tempranas¹³. El modelo de globalización occidental, cuya punta de lanza es el entramado institucional creado al calor del nuevo dominio norteamericano tras la Segunda Guerra Mundial (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, OTAN), y que se refuerza en los 90 con la Organización Mundial del Comercio y la Unión Europea, está llegando a su fin.

La vieja división internacional del trabajo, que permitió terciarizar financieramente occidente, a la par que desplazaba “la fábrica del mundo” a Oriente, se desmorona como orden integrador de los distintos polos de acumulación de capital. Las empresas orientales, principalmente las chinas, han dejado de conformar conglomerados industriales de bajo valor añadido. El aumento de la composición orgánica de sus procesos productivos les ha permitido aumentar el nivel de rentabilidad y en el plano internacional esto ha supuesto un reordenamiento en la cadena de valor.

13. Un buen ejemplo de cómo los límites históricos del capitalismo global constriñen el desarrollo industrial de las potencias emergentes se puede encontrar en Rodrik, Daniel (2015): “Premature Deindustrialization”. NBER. Working Paper No.20935.

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

La competencia en algunos de los sectores industriales más desarrollados, en los que el dominio occidental ha sido siempre incuestionable, es total. Esto implica que ni las nuevas potencias imperialistas del bloque oriental, ni las economías occidentales encuentran espacios de inserción económica coherentes con el grado de desarrollo y complejidad técnica de sus economías¹⁴. Este es el sentido en el que el modelo imperialista occidental se está topando con sus propios límites.

Por el momento, el resultado son guerras por delegación en las que los Estados Unidos y China, como representantes de poder de los dos bloques principales, no interfieren directamente. Realidad que, por otro lado, parece estar cerca de cambiar y abrir un proceso de guerra mundial. En la historia del capitalismo proteccionismo y guerra comercial han tendido a ser la antesala del conflicto armado. Si en el periodo de ascensión capitalista la guerra parecía, a lo Clausewitz¹⁵, «una continuación de las relaciones políticas [...] por otros medios», en el capitalismo avanzado se confirma que la guerra no es sino la *competencia empresarial por otros medios*¹⁶. Ya en 1911, cuando Europa iniciaba su descenso vertiginoso hacia la Gran Guerra, Luxemburgo advertía de que «el militarismo está estrechamente ligado a la (...) política tarifaria (...), y que si las naciones existentes realmente quisieran poner coto, sería y honestamente, a la carrera armamentista, tendrían que comenzar con el desarme en el terreno comercial»¹⁷.

Hoy los Estados Unidos y China libran una guerra comercial sin parangón en la historia reciente. La OTAN dirige el combate contra Rusia en suelo ucraniano, mientras el gobierno de Putin refuerza su acercamiento a Pekín. En Gaza, las vidas de los palestinos se cobran por miles con tal de mantener el poder y la existencia de un Estado tan cruel y genocida como el de Israel, cuya razón histórica es el refuerzo de la posición competitiva internacional de las empresas occidentales –o la influencia política de sus Estados, que en el imperialismo constituyen dos caras de la misma moneda–.

14. El ejemplo paradigmático es China. Para un análisis de los límites del modelo de crecimiento chino y su inserción en la economía capitalista global recomiendo fervientemente leer al profesor de Finanzas de la Universidad de Pekín Michael Pettis.

15. Clausewitz, Karl Von. (1832): De la Guerra. Fondo Editorial Hormiguero. Caracas. 2018. Tomo I. p. 52.

16. Sobre el vínculo entre guerra, competencia y lucha de clases, consultar C. Ruiz, Pablo (2023): "Imperialismo y lucha de clases. Apuntes sobre la guerra en Ucrania". No. 40. Arteká.

17. Luxemburgo, Rosa. (1911): "Utopías Pacifistas". Leipziger Volkszeitung. Nota: este es uno de los primeros textos en los que Luxemburgo advierte de los peligros de que el ala centrista del SPD se impusiera en relación con el armamentismo y el partido votara a favor de los presupuestos de guerra, como hacen hoy todas las fuerzas socialdemócratas europeas. El resto es historia.

El belicismo *proxy* de occidente es una de las muchas caras de la fiscalidad neokeynesiana. La ofensiva militar contra otras burguesías, que se cobra la vida de cientos de miles de proletarios en el extranjero, exige al mismo tiempo redoblar la represión interna y empobrecer al proletariado nacional. La posibilidad de una guerra mundial trae de vuelta aquella consigna, tan popular en los años cuarenta del siglo pasado, que exigía a la población elegir entre *cañones o mantequilla*. El rearme occidental será costeadado con los servicios públicos, en primera instancia. La economía de guerra que vendrá después, cuando el desastre se haya desatado, la pagaremos directamente con el comer, en el mejor de los casos. Con la vida, en el peor.

Resurge en occidente la vieja dicotomía a la que se enfrentaron los revolucionarios de principios del siglo anterior en tiempos de guerra: o con la burguesía nacional o contra ella. Pero esta vez de forma si cabe más trágica: no hay masas organizadas, no hay Partido y, por lo tanto, no hay revolución en el horizonte. Haciéndose eco de un pasado miserable que retorna como farsa, la socialdemocracia se mantiene, cómo no, firme a la hora de elegir misiles y tanquetas.

La guerra no es sólo un conflicto interburgués; es, al mismo tiempo, una forma de ofensiva de clase contra el proletariado global. La guerra imperialista revela así, de la forma más sangrienta, que el conflicto fundamental que articula nuestra sociedad es el de la burguesía y sus Estados contra el proletariado internacional. De la autoorganización del proletariado, de su constitución en sujeto histórico, depende que la revolución sea el freno de emergencia de la barbarie imperialista.

En resumen, el Nuevo Keynesianismo de ofensiva es un periodo en el que el proceso de proletarización se intensifica, los derechos políticos de la clase retroceden, el capital utiliza sin éxito sus dos principales bazas institucionales –el Banco Central y el gasto estatal– para intentar mejorar las condicio-

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

nes de la acumulación, la guerra mundial no sólo es más factible, sino puede que la única salida temporal, que no definitiva, al problema de competitividad internacional, y la crisis total en occidente parece ineludible.

CONCLUSIONES

«La rueda motora de la revolución», como señalara Marx¹⁸, «son las circunstancias reales, no la simple voluntad». El estudio científico de las circunstancias reales es, entonces, el estudio de las condiciones de posibilidad de la revolución socialista, así como el primer momento analítico para responder a la pregunta del qué hacer. Este es el sentido en el que la teoría socialista alimenta la práctica política del proletariado: el proceso de conocimiento de la realidad –que es a su vez un proceso de autoconocimiento-- arroja luz sobre cuáles son las mediaciones políticas que hacen posible su transformación. Realizado un repaso general a la historia del capitalismo y la lucha de clases en los últimos 70 años, pueden esbozarse una serie de conclusiones para la contribución al desarrollo político del proletariado.

En *primer lugar*, los desafíos que presenta el mercado mundial actual aceleran el proceso histórico de integración europea. La delegación de las políticas monetarias y fiscales de los Estados miembro en instituciones comunes como la Comisión Europea o el Banco Central Europeo son razón suficiente para pensar en Europa como el espacio geográfico mínimo para la organización socialista –tesis reforzada por el papel fundamental del BCE en el sostenimiento del mercado y los Estados europeos.

En Europa, el Estado se organiza en un doble nivel nacional y supranacional, en el que el segundo no sólo copa instancias suficientes como para dotar de sentido a la organización socialista europea, sino que tiende a reducir la expresión institucional del primero. A pesar del auge nacionalista que

18. Intervención en la última sesión del Comité Central londinense de la Liga de los Comunistas antes del traslado de la mayoría dirigida por Marx a Colonia (15 de septiembre de 1850).

atraviesa el continente, la realidad es que a día de hoy la burguesía necesita apuntalar las ya existentes uniones mercantil y monetaria, indispensables para tratar de encontrar un espacio de inserción óptimo en el mercado mundial. Además, las presiones competitivas globales empujan a los países europeos a unificar sus mercados de capitales para ampliar las posibilidades de financiación y producción de sus empresas.

En este sentido, no sería de extrañar que, en los próximos años, si las tensiones tarifarias con los Estados Unidos aumentan, la defensa dejara de ser una prerrogativa exclusivamente nacional y se empezara a organizar un ejército propio de la UE. Es evidente que los Estados-nación de la UE no cuentan con soberanía militar para defenderse individualmente, por lo que una posible ruptura con la OTAN obligaría instantáneamente a organizar una fuerza militar europea. Tras la guerra en Ucrania, la idea de la Autonomía Estratégica Europea ha dejado de estar restringida a los ámbitos institucionales o industriales para entrar de fondo en los debates sobre la defensa militar de la UE. El europeísmo burgués, que siempre fue, como decía Luxemburgo, un *aborto imperialista*, intenta alzar la voz en un mercado mundial en el que cada vez importa menos.

Sea como fuere, de lo que hoy tenemos garantías es de que el cuadro de mando de la burguesía europea, esto es, el conjunto de instituciones políticas a través de las cuales se ejecuta el poder del capital, excede a los Estados-nación y exige la articulación política del proletariado al menos al mismo nivel al que la burguesía se organiza.

No obstante, no hemos de perder de vista la escala final necesaria de la revolución socialista. Siguiendo a Lenin¹⁹, «el movimiento socialdemócrata es internacional por naturaleza». La producción global de plusvalor, donde quedan contenidas todas las normas sociales que impiden el desarrollo realmente democrático de nuestra sociedad es el fundamento material del internacionalismo. Sólo una propuesta políti-

19. Lenin, V. I. (1902): ¿Qué hacer? Disponible en https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1900s/quehacer/que_hacer.pdf. p. 41.

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

ca capaz anular el poder social del capital en todo el planeta puede garantizar la constitución y preservación de una sociedad libre.

En *segundo lugar*, el análisis coyuntural del capitalismo desde la posguerra da cuenta de la tendencia al ahorro de trabajo vivo y del consecuente aumento de la superpoblación relativa en las sociedades occidentales. El mercado laboral capitalista actual se sostiene sobre la devaluación histórica del valor de la fuerza de trabajo de las capas medias y proletarias de generaciones anteriores. Pero también sobre la cada vez más excedentaria mano de obra juvenil que se incorpora al mundo del trabajo de forma parcial y precaria, lo que de facto imposibilita su acceso a los recursos básicos para la reproducción de la vida como la vivienda, los suministros o el transporte.

La juventud es el nuevo proletariado masivo, el estrato social más penalizado por el estado de crisis y el capital no tiene nada que ofrecerle más que pobreza y explotación. Que la primera expresión política de la organización socialista tenga un carácter juvenil es perfectamente coherente con los tiempos que corren en occidente.

En *tercer lugar*, la dependencia de la posición bonista de los Bancos Centrales para garantizar la sostenibilidad de los Estados, la necesidad de invertir cada vez más recursos para estimular la inversión capitalista, el aumento constante de los gastos militares, la débil inserción de una mano de obra sobre cuyos salarios se sostiene un Estado del Bienestar²⁰ menguante, el estancamiento secular de la economía y la productividad y las presiones demográficas de una sociedad envejecida son garantía de que en los próximos años los Estados occidentales van a tener que reducir el salario indirecto y diferido de los trabajadores.

Es decir: las condiciones generales de la acumulación, que en nuestra época coinciden con el refuerzo fiscal de la inversión capitalista y el aumento de los gastos guerra, van a sos-

20. Shaikh, A. (2003): "Who Pays for the "Welfare" in the Welfare State? A Multicountry Study". Social Research. Vol. 70, No. 2.

tenerse necesariamente a costa de reducir el gasto social. Es tarea de los comunistas activar mecanismos de lucha no sólo en la producción, sino en los diferentes frentes del bienestar, que sostienen a cada vez más capas de la población trabajadora, que son parte del fondo salarial obrero y que permiten alimentar el contenido político de la lucha de los trabajadores contra la ganancia de los capitalistas.

Las luchas por la sanidad, la educación, la cultura, los cuidados, las pensiones o las prestaciones por desempleo tienen un carácter de interés general para los trabajadores, independientemente de cuál sea su profesión o de si están empleados o no. En un sentido económico, porque los unifica para avanzar de forma unitaria frente a la ganancia capitalista, contra el capital en su conjunto. Recordemos que en el capitalismo lo que no financia la ganancia lo financia el salario. En un sentido político, porque los unifica contra el Estado, desvirtúa su apariencia neutral y debilita la estrategia socialdemócrata de la integración. La intervención política en estos frentes de lucha exige esclarecer el vínculo entre Estado, lucha de clases y tendencias económicas. Sólo así los comunistas podrán dotar de un sentido consciente a estas luchas.

En *cuarto lugar*, la unidad material y contradictoria entre acumulación, crisis y ciclos económicos nos permite comprobar la tendencia general hacia el colapso (que no su colapso inmediato) de las economías capitalistas, cuya expresión particular son las crisis económicas. No sólo, desde el punto de vista teórico, como momento necesario o saneador en el desarrollo del capitalismo; sino también (o principalmente) como horizonte para la intervención política.

21. Lenin, V. I. (1917): "Tres Crisis". Obras Completas, tomo VI. Editorial Progreso. Moscú. 1973. [Nº 7 del 9 (22) de julio en Rabotnitsa].

En el texto de 1917 *Tres Crisis*²¹, Lenin afirma que «ningún bolchevique del mundo sería capaz de provocar un movimiento popular, [...], si no concurrieran causas económicas y políticas muy profundas, que se encargan de poner en acción al proletariado». La consideración de la crisis como espacio para la intensificación revolucionaria es rastreable también

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

en Marx, Engels o Luxemburgo, entre otros. Es necesario entender que la conciencia socialista, incluso en su versión teórica y organizativa más desarrollada, depende de las circunstancias históricas para poder culminar en un proceso revolucionario exitoso.

No obstante, no hemos de olvidar que tan importante es reconocer el papel de las crisis capitalistas a la hora de orientar la «actividad de las masas, que en tiempos de “paz” se dejan explotar tranquilamente, pero que en épocas turbulentas son empujadas, [...], a una acción histórica independiente», como tener clara la idea de que «no toda situación revolucionaria origina una revolución» y que, en definitiva, depende de «la capacidad de la clase revolucionaria de llevar a cabo acciones revolucionarias de masas, suficientemente fuertes para romper (o quebrantar) el viejo gobierno, que nunca: ni siquiera en las épocas de crisis, “caerá” si no se le “hace caer”»²².

La tarea central de los comunistas organizados en movimiento que se reivindicaba al principio del artículo, a saber, la *reconfiguración del horizonte cultural del comunismo* coincide exactamente con la constitución de la *clase revolucionaria* en forma de Partido independiente.

No se trata de plantear una escisión entre momentos para la política revolucionaria y momentos para la política a secas. Esta es la consigna de los reformistas: ahora no es el momento. Al contrario, como señaló Gramsci: «el elemento decisivo en toda situación de crisis es *la fuerza permanentemente organizada y largamente preparada* que pueda entrar en combate cuando se juzgue que una situación es favorable (y que puede ser favorable sólo en la medida en que tal fuerza exista y esté llena de espíritu de lucha). Por tanto, la tarea esencial consiste en garantizar, de manera sistemática y paciente, que esa fuerza se forme, se desarrolle y se haga cada vez más homogénea, compacta y consciente de sí misma [...] El protagonista del Nuevo Príncipe no podría ser [...] *sino el partido político*»²³.

22. Lenin, V. I. (1915): “La bancarrota de la II Internacional”. Obras Completas, tomo XII. Akal. Madrid. 1977. p. 310

23. Gramsci, Antonio (1932-1933): Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado Moderno. Cuaderno XIII. Cuadernos de cárcel. Nueva Visión. Madrid. p.12. 1980.

La fusión entre socialismo y clase trabajadora depende de la espontaneidad y la inestabilidad que generan las quiebras económicas y políticas del capitalismo, pero sólo en la medida en la que existen organismos políticos hegemónicos capaces de orientar estratégicamente situaciones generalizadas de descontento y perturbación. La construcción del Partido, como escuché en una ocasión, es un ejercicio de paciencia estratégica.

En *quinto y último lugar*, asistimos al punto más alto de la decadencia capitalista: la guerra mundial. Las incesantes crisis económicas, tan propias de nuestro tiempo, son el resultado de la tendencia inmanente del capital a socavar de manera cada vez más agresiva los presupuestos materiales su existencia. Consideradas individualmente, o sea, en su forma más teórica y abstracta, las crisis son un mero mecanismo de realineamiento económico y político del poder capitalista. No obstante, inscritas en la historia, esto es, en su existencia real, la sucesión de crisis económicas va deteriorando las condiciones históricas de la acumulación.

Si las crisis son la expresión económica de un sistema social en descomposición, como ya detectaran Marx, Engels y todos los grandes revolucionarios de la historia del socialismo, la guerra es el último y devastador grito de supervivencia del capital para salvarse de sus propias contradicciones, de su propia auto-destrucción. Cuando el poder pacificador del mercado agota todas sus posibilidades materiales, la única forma de mantener el orden social capitalista es la guerra. La guerra, entonces, es una necesidad sistémica del capitalismo, porque la forma real, histórica, en la que el capitalismo se despliega estrecha constantemente el margen para la acumulación –el poder pacificador del mercado– y conduce, antes o después, al conflicto bélico.

La conclusión política central del marxismo es que de todas las potencias que desencadena el modo de producción capitalista en la historia, la única capaz de resolver los desafíos

ECONOMÍA POLÍTICA DEL DECLIVE

que el mismo sistema plantea es la fuerza revolucionaria del proletariado. Al ser el conflicto militar imperialista una forma natural de reproducir el orden social actual, la oposición política a la guerra sólo cobra un sentido práctico desde las coordenadas de la revolución proletaria internacional. Esto quiere decir que no hay crítica real a la guerra sin crítica al capitalismo que la produce, así como que sólo la constitución de un poder socialista organizado a nivel global que mande al capitalismo al basurero de la historia puede ser garantía de paz para la humanidad. La organización de la revolución socialista y su puesta en marcha aparece así como el único método efectivo que tienen los trabajadores del mundo para detener la guerra imperialista y salvar sus vidas.